

Carta a un amigo en confinamiento

América Fernández.

Mi muy querido amigo:

El motivo de esta carta es para hacerte llegar mis más sinceros abrazos. Al enterarme de tu encierro por la enfermedad que sacudió a tu país, no pude menos que lamentarme por ti, por los tuyos. He estado en esta nación tuya varias ocasiones remotas y, por lo que recuerdo, todos comparten el espíritu libre, alegre, desenfrenado que tanto me gusta encontrar en los humanos. Por esto, al enterarme de la crisis que atraviesan, decidí dirigirte estas palabras.

Has sido mi compañero de travesías y batallas a lo largo de mi ya longeva vida, pocos más que yo conocen tu valentía ante las adversidades, por esto sé que podrás salir adelante con el resto de tus compatriotas. Sin embargo, quisiera contarte uno de mis más extraños encuentros; esperando que encuentres consuelo en este relato, una lección o, en el peor de los casos, un rato de distracción:

¿Recuerdas el reino más allá del mar del que te había hablado antes? Sucede que, alrededor del año pasado tuve la oportunidad de regresar. Tú bien sabes, estimado compañero, que odio volver de visita a algún lugar, por lo que siempre que debo hacerlo, maquino algún plan para hacer de mi visita una experiencia completamente nueva. Aquella vez, cuando regresé a este bien conocido reino. Viajé hasta los confines del norte, donde la gente es más sencilla y hospitalaria. Debido a ciertos rumores en la taberna local, supe de cierto hombre que nunca había salido más allá de su jardín. Sus padres lo habían instruido en casa, sus amigos eran la tierra y el campo. La curiosidad me invadió, por lo que emprendí mi camino hasta su lejano hogar.

Cuando por fin llegué al lugar, un hombre de mediana edad se hallaba sentado junto a un perro, que ladró amenazante apenas llegué. El hombre se me acercó y preguntó a quién buscaba.

— ¿Eres tú el hombre del que se habla en el pueblo? ¿Aquel que nunca ha abandonado estas tierras? —le pregunté yo.

— Ese soy yo. —me dijo, con tono jactancioso.

Procedía a explicarle quién era yo entonces, cómo escuché de él. A continuación le pedí permiso para hacerle algunas preguntas. El hombre accedió de buena manera; yo me di a la tarea que me había propuesto.

Confirmó aquel hombre llamado Matis, que había sido criado en la casa en la cual me encontraba, que pensaba que su nombre había sido, principalmente, una necesidad para sus padres, ya que nadie más lo llamaba. Le pregunté si alguna vez sintió curiosidad, o deseos de salir, a lo que, con su ronca voz, me contestó:

— ¡Jamás! Mis padres creían que aquellos que salían estaban locos. Yo sin duda concuerdo con ellos.

—Si me permite, señor Matis —objeté—, considero que la mayoría de los aldeanos lo creen a usted excéntrico. Yo mismo no imagino mi vida sin las aventuras, los viajes, le emoción...

—No imagina usted su vida así porque ya está acostumbrado a su propia locura. Ningún ser poco cuerdo admitiría su inestabilidad. Pero yo, amigo mío, la veo con claridad.

— ¿Se ha planteado alguna vez, que quizá usted sea quien actúa de modo irracional?

— ¡Por supuesto que no!, ¡vaya tonterías que dice! Piénselo, ¿qué lo orilló a usted a salir de su casa en primer lugar?

Aquella pregunta me puso a reflexionar, mi fiel amigo. ¿Cuál fue el evento que impulsó todas mis travesías hasta ahora? Mi lado más humano me llevaba a responder que la búsqueda de aventura es natural en el hombre, pero ¿qué hay de aquellos que jamás salen de los pueblos a los que llaman hogares? Entonces, pensé que de manera racional, aquello que me llevó a salir fue la necesidad. Necesitaba salir para ayudar a mi padre en su trabajo como comerciante de especias; fue él quien me montó en un barco por primera vez. Así se lo hice saber a mi oyente, a lo que me contestó:

— La necesidad es un defecto en la vida, mi señor. Jamás tuve necesidad de salir, pues todo lo que requería, lo tenía en esta tierra.

Asentí. Después enumeré cuantas más razones se me ocurrieron, pero a todo lo que contestaba, el hombre de la cabaña me refutaba.

— ¿Qué hay de los amigos? ¿No siente que debería salir a conseguirlos?

—Este perro que me acompaña halló su camino hasta mí, ¿qué amistad es más leal que la de un perro? Usted incluso ha llegado a mi puerta. Si necesitase un amigo, vendría por sí mismo.

— ¿Y el amor? ¿No anhela el amor de una dama en su mundo?

—Conseguí una mujer hace tiempo, pasaba a vender fresas por aquí. Me casé con ella y nos amamos. Años después, el amor terminó; ella se fue, yo me quedé. Ningún sentimiento pasajero podría hacerme desear irme de aquí.

Nuestra conversación siguió hasta el crepúsculo, cuando decidí despedirme. A pesar de las horas en las que debatimos, Matis sólo me acompañó hasta su desgastada cerca de madera. Hata el día de hoy, no sabría decirte quién de los dos tenía la razón.

Te preguntarás, mi amigo, para qué te cuento esta historia. Bueno, la respuesta es la que te di antes, a modo de introducción. En el peor de los casos, esta es una anécdota que te mantendrá ocupado unos minutos. En el mejor, como era mi objetivo, te darás cuenta de que nuestras vidas siempre se verán afectadas por nuestra percepción. Para ti, el confinamiento resulta un castigo porque has saboreado este mundo de maneras que otros no. Incluso aquellos que jamás han abandonado su lugar de origen en tu nación, extrañarán cosas tan simples como ir de paseo con sus, amigos, su familia o sus amores.

Así pues, mi estimado hermano, en estos tiempos de reclusión, agradece que tienes algo por lo cual resentir el encierro, agradece que no eres como aquel hombre solitario de la cabaña, sin nada qué esperar. Pronto la crisis de salud que atraviesas pasará, y cuando suceda, corre a abrazar aquello que te hace ser tan libre, tan aventurero, tan tú.

Reflexiona en este tiempo a solas. Si habías perdido de vista tu camino o te habías desviado, ahora sabes que la vida nos puede cambiar a todos de repente, y aquello que extrañas más, es lo que realmente necesitas.

Con amor, esperanza y deseo de volvernos a ver,

Tu mejor amigo.